



# **A LOS POBRES SE LES ANUNCIA LA BUENA NUEVA**

(Lc 7, 22)

H. Yannick HOUSSAY  
Superior General

**HERMANOS de la INSTRUCCIÓN CRISTIANA**

Junio 2013 - Circular 309



# Índice

INTRODUCCIÓN	5
SEGUIR AL CRISTO POBRE.	9
1. La opción por la radicalidad.....	9
2. No volver a tomar lo que un día entregamos.....	11
3. Beber el cáliz de Jesús. ....	14
SER POBRE DE CORAZÓN	19
1. Ser humildes. ....	20
2. Ser desprendidos. ....	22
3. Necesitar del otro. ....	25
4. Contentarse con lo necesario. ....	27
HACER VOTO DE POBREZA	31
1. El Hermano y el voto de pobreza. ....	32
2. Ser pobre en Comunidad. ....	38
3. Espíritu solidario y capaz de compartir. ....	41
4. La pobreza en una Congregación internacional. ....	43
1. El voto de pobreza y las tareas educativas.....	48
2. Colegios para los pobres.....	53
CONCLUSIÓN	58

*Habiendo llamado a los doce,...  
les envió a anunciar el Reino de Dios  
y a curar a los enfermos.*

*Les dijo:*

*"No llevéis nada para el camino  
ni bastón, ni alforja  
ni pan, ni dinero  
ni llevéis dos túnicas".*

*Y fueron de ciudad en ciudad  
anunciando la Buena Nueva  
y curando por doquier.*

*Luc 9, 2-3 ; 6*

## INTRODUCCIÓN

*“Los pobres son sagrados para nosotros”.* Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, invitaba con estas palabras a sus Hermanos a abrir sus escuelas a los hijos de las familias pobres. Y como una resonancia interior, la Regla de Vida precisa que los Hermanos son *“miembros de una Congregación cuyos Fundadores la han fundado para la Instrucción y Educación cristiana de los niños y de los jóvenes, principalmente para los hijos del pueblo”* (Regla de 1891) y que como tal, el Hermano *“sabe que uno de los mejores medios de combatir la miseria es desempeñar bien su misión específica”.* (D 50).

El Capítulo General de 2012 subraya la urgencia de servir a los pobres: *“Los pobres se encuentran entre nosotros: comunidades, colegios, centros educativos, etc. Las nuevas pobrezas de los jóvenes (morales, afectivas, espirituales, materiales,...) constituyen otras tantas llamadas para nosotros, particularmente en estos tiempos de crisis. Tenemos que arriesgarnos a llevar a la práctica*

*este compromiso que nos impulsa a dar nueva vida a nuestra forma de vivir la misión anunciando la Buena Nueva a los pobres”.*

Anunciar la Buena Nueva a los pobres, ésa es nuestra misión hoy. Dentro del marco de la Nueva Evangelización, que ha puesto en marcha este último Capítulo General, no podemos pretender abrazar una vocación - la de Hermano Menesiano - que se ve a sí misma como una ‘profecía’ de la presencia de Dios dentro del corazón de la humanidad, sin preguntarse una vez más por la manera cómo cada uno, dentro de sí mismo, acoge este Reino. Por esta razón quisiera invitar a los Hermanos, a través de esta Circular, a que se examinen de su fidelidad al voto de pobreza evangélica, con el espíritu que le es propio a la Congregación.

*“Amad y practicad en todas las cosas la pobreza religiosa que os abrirá todos los tesoros del cielo”*, aconsejaba Juan M<sup>a</sup> a los Hermanos desde los años primeros de la Congregación. En aquella época los Hermanos no hacían más que el voto de obediencia. Él sólo ya incluía implícitamente los otros dos votos, el de la castidad consagrada y el de la pobreza evangélica. Así que, por eso Juan M<sup>a</sup> podía hablar ya de la “pobreza religiosa”. Si albergáramos alguna duda, bastaría para convencernos, con leer los numerosos consejos que daba a los Hermanos a través de su correspondencia. Y esto, tanto en la vida diaria, que él deseaba que fuera frugal, como en la gestión comunitaria de los bienes: su exigencia de pobreza efectiva no encerraba ninguna ambigüedad. Sin embargo, con un espíritu abierto, velando por un inteligente equilibrio de vida, Juan M<sup>a</sup> pedía a sus Hermanos que practicasen una sencillez de vida real, que estuviera en consonancia, por otra parte, con la vida de muchas familias de la época. Les pedía además, una puesta en común de bienes efectiva: nada debía pertenecer a nadie como cosa propia. El Hermano debía contentarse con lo que la comunidad ponía a su disposición y esto, tanto en la vida diaria como para su misión, y el lujo no tenía cabida en este esquema. La cita de S. Pablo en este párrafo de la Regla de 1825 deja bien claro

el sentido de esta pobreza radical: *“Teniendo comida y vestido no deseo nada más”*. Esta cita tenemos que entenderla a la luz de los versículos que le siguen en la 1ª Carta a Timoteo, de donde parece haber sido sacada. *“Los que quieren acaparar riquezas, caen en la tentación y en la trampa, en codicias insensatas y funestas que hunden a los hombres en la ruina y la perdición. Porque el amor al dinero es la raíz de todos los males. Por haberse entregado a él, algunos se han apartado de la fe y han traspasado su propia alma con tormentos innumerables”* (1ª Tm 6, 9-10).

La Circular del año 2010 la dediqué a buscar el sentido del voto de castidad; hoy quisiera tratar de abordar el voto de pobreza evangélica. Me parece que tenemos muchas cosas que descubrir si comprendiéramos mejor la exigencia de “pobreza” de nuestra vocación. Si meditamos sobre la belleza de este voto y si abrazamos la radicalidad a la que él nos compromete, aprenderemos a amar y a vivir gozosamente nuestra vocación de Hermano Menesiano. Una vez más: esta vocación no puede pretender ser profética más que si la vivimos con esa humilde pobreza que quiere verdaderamente hacernos semejantes a Jesús pobre.

En este breve recorrido, veremos en primer lugar, cómo el Evangelio invita a los que quieren ser discípulos de Jesús a darlo todo para “beber el cáliz” que él bebió primero. Buscaremos luego el significado de “ser pobre de corazón” para entrar de este modo en el misterio de Bienaventuranza evangélica de la pobreza. En la tercera parte examinaremos con más precisión a lo que nos compromete nuestro voto de pobreza, tanto en la vida personal de cada Hermano, como en su compromiso comunitario. Para terminar, veremos cómo la pobreza a la que hemos sido llamados tiene como objetivo la misión como fuente incomparable de gracias. Esta última nos recordará que hemos sido llamados a anunciar la Buena Nueva a los pobres, que son los alumnos de cada uno de nuestros Centros. Comprenderemos mejor, entonces, que ser Hermano Menesiano es verdaderamente una “buena noticia”.



*"Vended lo que tengáis,  
y dad limosna con ello.  
Fabricaos bolsas  
que no se rompen,  
y tesoros inagotables en el cielo,  
donde ningún ladrón puede robarles,  
ni les roe la polilla.  
Porque donde esta vuestro tesoro,  
allí estará vuestro corazón.*

*Luc 12, 33-34*

## SEGUIR AL CRISTO POBRE.

*“Mediante un desprendimiento análogo al de Cristo - que se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo - el Hermano se compromete humildemente a seguir más de cerca al Cristo pobre” (D 42). ¿Quién es capaz de leer esta frase sin temblar? ¿Andamos verdaderamente tras las huellas de este Cristo pobre? ¿Nos parecemos a Él? Cuando lo intentamos, nos damos bien cuenta de lo difícil que es llegar a esa meta. Ante el Señor, ¡bajemos el rostro para pedir perdón por estar tan apegados a los bienes de este mundo, mientras Él, de condición divina, no ha intentado ser tratado como Dios, sino que se anonadó hasta morir en la cruz! (cf. Fil 2, 6-7).*

### **1. La opción por la radicalidad.**

Nos hemos comprometido a seguir a Cristo en su pobreza. Esta elección que hicimos, fue consciente y libre y se unió a la opción por la castidad consagrada y a la de la obediencia por el

Reino. Fue nuestra respuesta a la llamada personal que el Señor nos hizo. Enviados por Cristo en medio de los jóvenes para anunciarles la Buena Nueva de la salvación, fuimos llamados a parecernos a Él, a seguirle en su pobreza y en su obediencia, a entregar nuestra vida entera. *“De ahora en adelante, el Hermano pertenece a Dios con un título nuevo”*. (D 24).

Es cierto que todos los bautizados están llamados a ser semejantes a Cristo. Todos son llamados a la santidad. No se trata de hacer comparaciones entre las diferentes vocaciones como si fueran peldaños de una escalera de perfección: para ‘ser grande’ según Jesús, hay que hacerse servidor y ‘los primeros serán los últimos’. Pero algunos son llamados - eso es vocación - a ofrecerle toda su existencia, a ‘perder la vida’ en un acto que la compromete por entero y de una vez para siempre. Esto constituye el radicalismo de la Profesión Religiosa a la que, desgraciadamente, podemos responder de forma tibia y volviendo a tomar lo que un día entregamos generosamente.

*“La vida consagrada ‘imita más de cerca y representa continuamente en la Iglesia’ (LG 44) - gracias al impulso que da el Espíritu - la forma de vida que Jesús, el primer consagrado y el primer misionero del Padre para el Reino, abrazó y propuso a los discípulos que le siguieron” (VC 22), escribía Juan Pablo II. Y, como para mostrar el camino para asemejarse a Cristo, añadía: “La profundidad de la pobreza de Jesús se hace palpable en la perfecta oblación de todo lo que le pertenece”*. Si queremos ser fieles a nuestra Profesión Religiosa, éste y no otro, es el camino que hemos de seguir.

¿Podemos afirmar que éste es el proyecto radical de nuestra vida? ¿No hemos vuelto a tomar nada de lo que generosamente entregamos el día que nos comprometimos a entrar en la Vida Religiosa? ¿Es nuestro proyecto de vida manifestar - mediante la

entrega de toda nuestra vida y de todo lo que nos pertenece -, que queremos ser plena y gozosamente de Dios y sólo de Dios? Y ello ¿sin volver a tomar nada? ¿Podemos mantenerlo sin experimentar en lo secreto de nuestra conciencia el sentimiento de lo mucho que nos queda por hacer para lograrlo de verdad? ¿No tenemos miedo de admitirlo? Todos, yo el primero, tenemos que pedirle perdón a Dios por no haber hecho lo que habíamos prometido hacer. Reconozcámoslo para poder cambiar y volvernos a poner en camino con audacia y confiando en la fuerza del Espíritu Santo, en la ayuda de la Madre, en la ayuda de nuestros Hermanos y contando con la protección de la oración de nuestros Fundadores.

## **2. No volver a tomar lo que un día entregamos.**

*“Podéis beber el cáliz que yo beberé?”* (Mc 10, 38)<sup>1</sup>. Jesús hace esta pregunta a los discípulos Santiago y Juan ‘a los que tanto amaba’. Habían abandonado todo en el momento en el que Él les llamó para que le siguieran. Pero ¿a cuento de qué viene entonces esta petición sin sentido?: *“Haz que nos sentemos un día, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en el día de tu gloria.”* (Mc 10, 37). ¡Semejante atrevimiento! Tenemos motivo para sorprendernos: no se trata, parece ser, de un impulso del corazón para llevar a cabo la voluntad de Dios; de lo que se trata es de asegurar el mejor puesto posible y para ello hacer saber a Jesús sin tardar, ¡que nadie debe ocuparle! Nos quedamos con la boca abierta, escandalizados, ante esta

---

<sup>1</sup> Me inspiro aquí en la reflexión de un P. Dominicó de Benín, el P. Roger HOUNGBÉDJI, profesor de Sagrada Escritura de la Universidad Católica de Abidjan y del Centro Dominicano de Teología y Desarrollo de Yamoussoukro (Costa de Marfil) en su libro: *“La radicalité de la vie religieuse en contexte africain”*- *“La radicalidad de la Vida Religiosa en el contexto africano”*. Ediciones Paulinas- 2010.

petición tan desconsiderada viniendo de los discípulos ‘a los que el Señor amaba’. Nos gustaría decir: *“A mí nunca se me hubiera ocurrido semejante pregunta. Sería una insensatez”*. Sin embargo, ¿estamos tan seguros de no haber hecho nunca una petición como ésta? ¿Qué buscamos en el fondo realmente al seguir a Jesús?

No nos sorprendamos al descubrir que en realidad tenemos los mismos deseos inconfesables que Santiago y Juan. Vamos a pensar ahora en algunos puntos que tendríamos que examinar atentamente. Hay muchas maneras de imitar el atrevimiento - ¿la impertinencia? - de nuestros dos discípulos. Al entrar en una Familia Religiosa, podemos buscar más o menos declaradamente, obtener algunas ventajas, p. e., un cierto reconocimiento social que proporciona un cierto ascendiente sobre los demás y nos sitúa en una ‘clase’ más favorecida. Al comienzo de nuestra vida religiosa teníamos un deseo profundo de seguir a Jesús a cualquier parte a donde nos enviara. Pero, poco a poco, se ha podido ir presentando la posibilidad de ‘hacer carrera’. Si no hemos estado atentos, esta idea ha podido instalarse en nosotros. La ambición de “escalar peldaños” ha ido creciendo, sin que nos diéramos cuenta de que estábamos recuperando lo que tan generosamente habíamos dejado. En consecuencia, los superiores han escuchado la petición de ‘hacer estudios’, obtener diplomas, ... en primer lugar no para estar disponibles para cualquier misión que nos fuera confiada, sino para estar al mismo nivel que los demás, para no quedarnos atrás y ocupar un rango inferior! La manifestación de estas oscuras intenciones se materializa de diferentes formas dependiendo de las culturas. ¡Pero está presente en todas partes!

Sobre esto, el Padre Fundador ponía en guardia a los Hermanos: *“Otra forma de orgullo, es la vanidad del saber, es ese deseo inmoderado de aprender cada día más, no para trabajar con mayor éxito para la gloria de Dios, sino para gloriarse de haber aprendido”*. (S VIII, 2514). La tentación de sacar provecho de una situación en detrimento de los demás, existe en nuestra vida de Hermano como en toda la existencia humana. Si el P. Fundador quería que todos los Hermanos *“dominaran muy bien todo lo que enseñaran”* (Retiro de 1833), todavía daba más importancia a su progreso en la Ciencia de Dios y vigilaba para que no tuvieran *“la pretensión de ser espíritus superiores”* como escribía al sacerdote Mazelier en 1825.

Otro tema, ¿puede haber, dentro de una determinada comunidad, Hermanos que intentan acaparar riquezas aprovechándose de los demás? ¡Esperemos que no! Pero, ¿estamos seguros? Sabemos que existen casos reales. Podemos haber hecho voto de pobreza, pero actuamos como si no, hacemos justo lo contrario de lo que un día prometimos. ¿No tenemos zonas reservadas a las que ningún Hermano tiene acceso, ni siquiera el superior? Puede tratarse, al principio de cosas pequeñas, pero que poco a poco van dejando paso a cosas mayores. En algunos países, p. e., los Hermanos cobran personalmente su sueldo, pagado por el Gobierno. Muchos, conforme a la Regla de Vida, lo entregan íntegro al superior de la comunidad. Otros lo guardan en parte o en su totalidad. ¿Se puede hacer eso con la conciencia tranquila? Volveremos más adelante a considerarlo, pero ¿no estamos ante un aspecto muy importante que afecta al ejercicio de una pobreza real?

Existen también otros aspectos de nuestra vida que podíamos revisar igualmente. Bastaría simplemente con que todos

prestáramos atención al tema de la “propiedad” personal. Tanto en la vida diaria como en el terreno de la misión, nada es personal, nada nos pertenece. Tenemos que estar desprendidos de todo. De lo contrario reaccionaríamos como propietarios y no como pobres a la manera de Jesús; no tendríamos el espíritu religioso que Juan M<sup>a</sup> exigía a los Hermanos. Es cierto que tendremos que usar personalmente móviles, portátiles y otros “utensilios” que nos son actualmente indispensables. Pero tenemos que ser capaces de separarnos de ellos, sin sentirnos molestos como si se tratara de algo esencialmente personal. El espíritu del mundo, sin darnos cuenta, puede ir destruyendo nuestra libertad interior y esclavizarnos. Caemos entonces rápidamente en las mismas formas de los dos arrogantes discípulos, Santiago y Juan, nuestros hermanos. Sin embargo, si nos dejamos guiar, el Espíritu de Jesús aún puede cambiarnos, como supo tan bien hacerlo con Santiago y Juan.

### **3. Beber el cáliz de Jesús.**

*"El llamamiento a seguir al Señor requiere del discípulo una actitud de renuncia a cualquier conformismo: lejos de ser un "seguidor ciego", se siente llamado a dar una respuesta que le convierta en un cristiano y en un religioso decidido, libre y comprometido. Esta es la condición para tener una vida de fe adulta, capaz de resistir las inclemencias, las turbulencias y las pruebas de la vida"*<sup>2</sup>. Este religioso está preparado para beber el amargo cáliz de Cristo y para llevar su cruz. Llevada con amor y con fe, se convierte en una carga ligera, llevada sin amor se hace inaguantable y el corazón se agría. Beber de la copa de Jesús es, en primer lugar, amarle y sentirse amado por Él. Sin esa condición nunca podríamos parecernos a Él en su pobreza. Nada es posible

---

<sup>2</sup> P. Roger HOUNGÉDJI, La radicalidad de la Vida Religiosa en el contexto africano, p.60.

sin un amor auténtico y fuerte, sin una profunda adhesión a Él. Jesús tiene que ser la perla preciosa que un día encontramos y en comparación de la cual, cualquier otra riqueza palidece. El Hermano Menesiano está llamado a forjar en sí una fe *“adulta, capaz de resistir las turbulencias”*. Solamente el amor de Jesús, que hace crecer la oración y que fortalece el don de sí a los más pequeños, sus iconos, puede hacer que lo logre. Al Hermano que ama de esta manera, le envuelve el *“perfume de Cristo”* y también - utilizando la expresión que el Papa Francisco utilizó al hablar a los sacerdotes el día de Jueves Santo - el *“olor de las ovejas”* por las que ofrece su vida. Entregado a Jesús y a los *“pequeños”* se convierte en el amigo y hermano de todos.

a. Llevar la cruz de Jesús.

De nuevo volvemos a pensar en Santiago y Juan. Cuando el poblado samaritano se negó a dar cobijo a Jesús exclaman: *“Señor, ¿quieres que pidamos que baje fuego del cielo y los abrase?”* (Lc 9, 54). Jesús les invita a la paciencia y al perdón. Cuando se conculcan nuestros intereses es muy tentador defenderse y acusar. Es el camino más fácil, el que parece más natural. Entonces sin darnos cuenta, esta actitud nos va alejando de la pobreza de corazón. No sabemos cuándo tenemos que detenernos en la búsqueda de nuestros intereses. A final, lo que ha ocurrido ha sido que hemos caído en la trampa que se ha ido tejiendo alrededor de nosotros. Tenemos miedo de perder nuestras posesiones, aunque en realidad sean pocas. No vivimos la Bienaventuranza evangélica del pobre.

Por el contrario el Señor nos invita a *“emprender resueltamente el camino de Jerusalén”*. Allí beberemos con Él el cáliz amargo de la cruz. Resistiremos de este modo la tentación del poder y de la riqueza. No trataremos de utilizar el nombre del Señor para defender nuestros propios derechos. No utilizaremos

nuestro status de religiosos para sobresalir por encima de los demás y hacer así valer nuestros propios intereses. Escuchemos lo que decía Benedicto XVI el Miércoles de Ceniza, pocos días después de haber anunciado su dimisión en un gran gesto de humildad: *“¿Qué encontramos en el centro de las tres tentaciones de Jesús? Un intento de instrumentalizar a Dios, de utilizarle para el interés propio, para la propia gloria y éxito. Dicho de otro modo, en resumen, colocarse en el lugar de Dios, eliminándole de la propia existencia, actuando como si Él fuera superfluo. Cada uno de nosotros debería preguntarse: ¿qué lugar ocupa Dios en mi vida?, ¿es Él el señor o soy yo?”* Esta pregunta tenemos que hacérsela con toda sinceridad: ¿es Jesús el Señor de mi vida? ¿el único maestro al que entrego mi existencia? O bien ¿soy yo el señor de mi propia vida?

b. No instalarse.

El hijo del hombre no tenía dónde reclinar su cabeza. ¿Pueden entonces sus discípulos instalarse? Para ser pobre uno no debe estar apegado a ningún lugar. Cuando hemos encontrado un sitio que nos gusta, en el que estamos satisfechos de nuestro apostolado porque somos conocidos, tenemos nuestras rutinas, no es fácil ciertamente cambiar. Ahora bien, la característica de la vocación de Hermano es la de estar disponible para marcharse, cambiar de lugar, abandonar el propio país si se lo piden! ¡Qué bendición disponer de Hermanos dispuestos a todo lo que la obediencia les pida! La verdadera pobreza, en definitiva, es la que nos lleva a vivir la obediencia. Jesús era el pobre que no tenía otro alimento que el de hacer la voluntad del Padre. *“Necesitamos Hermanos llenos de espíritu de sacrificio,... Que les coloquen en un lugar o en otro, poco les importa,... Su divisa es ¡Dios Sólo!”* (S VII 2296-97). Muchos Hermanos pueden firmar estas líneas porque las han vivido toda su vida y con ello han

dado testimonio de que el Reino de Dios pertenece a los pobres. Aunque,... a veces el cáliz es amargo. Pero, en definitiva, lleva consigo una libertad y un gozo que no tiene igual; permite tener más fuerza para entregarse con un amor cada vez más auténtico, que no se busca a sí mismo. En este momento necesitamos Hermanos de éstos. Son la riqueza del Instituto y de la Iglesia. No buscan ser aplaudidos. Están disponibles para ir a donde la obediencia les envíe. Su único deseo, en todo y para todo es: dejar pasar a través de su vida entregada la bella y dulce luz de Cristo que viene a traer vida a “los pequeños” de este mundo.



*Algunas preguntas para seguir profundizando:*

*¿Qué lugar ocupa en mi vida el Voto de pobreza?*

*Analizando mi vida ¿puedo poner nombre a algunas “riquezas” que han obstaculizado mi andadura en pos de Cristo?*

*¿Qué invitación me hace el Señor a través de este análisis?*

*“Tenemos que fijarnos que cuando sentimos apego o repugnancia hacia la pobreza efectiva y que no somos indiferentes frente a la pobreza o hacia la riqueza, es muy provechoso, para apagar este apego desordenado, pedir en los coloquios (a pesar de las reacciones de la naturaleza), que el Señor se digne llamarnos a la pobreza efectiva y que por nuestra parte lo deseamos, lo pedimos y se lo suplicamos, siempre que sea para servicio y alabanza de su divina voluntad” (Nº 157-Ejercicios Espirituales de S. Ignacio.)*

*Mons. Jorge Mario Bergoglio comenta: “Al hacer nuestras las palabras: ‘Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya’,... se nos revelarán muchas cosas que llevamos escondidas en lo más íntimo de nuestro corazón. Éste es el único camino para discernir adecuadamente,... cuando decidimos descubrir hacia dónde se inclina realmente nuestro corazón,...*

*”Jorge Mario Bergoglio  
Amour, Service et Humilité, Magnificat, p. 86*

## II

### SER POBRE DE CORAZÓN

La pobreza es ante todo una actitud del corazón. Por tanto es el fruto de una conversión personal. El Evangelio nos ofrece muchos ejemplos de esta actitud fundamental del discípulo de Jesús. El de Zaqueo es especialmente elocuente. Cuando la mirada de Jesús se posó sobre él y su Palabra le invitó a que le abriera la puerta, su corazón dio un vuelco. Y en ese instante junto con Cristo entró en su casa el Reino de Dios. Lo demás ya no contaría para él, únicamente tendría ya valor este tesoro que acababa de adquirir en la persona misma de Jesús. Gracias a su Sí generoso, un torrente de gracias inundó su corazón reseco. De él brotarían luego hermosos frutos.

Cuando leemos estas palabras: *“El Hermano se compromete, con total humildad, a seguir de cerca a Cristo en su pobreza”*, (D 42) experimentamos alegría proporcionalmente a la relación

personal que tenemos con Jesús. Si nuestro corazón está alejado de su presencia amorosa, no hay duda de que entonces las palabras de nuestra Regla resultarán vacías de sentido. Nos entristecerán como entristecieron las palabras de Jesús al joven rico del Evangelio. Pero si hemos sido cuidadosos en mantener con Él relaciones de amistad cada vez más profundas, con el paso de los años, seguirle en su pobreza resultará para nosotros cada vez más suave y más luminoso.

### **1. Ser humildes.**

Nos ha impresionado la humildad del Papa Benedicto XVI con su decisión de retirarse. Esta humildad la manifiesta todavía más ahora que está apartado, en el silencio y en la oración y que ya no tiene encima las cámaras y los micrófonos. Este testimonio habla muy alto a los corazones de buena voluntad. Los grandes y los pequeños pueden ver en él una señal del Espíritu. En el rostro de Benedicto XVI podemos adivinar el de María cuando dijo: *“Haced todo lo que Él os diga”* y a continuación desaparece de la escena. En su mirada vemos un ser hermano próximo. La pobreza nos convierte en “hermanos de todos”. Si la vivimos y la acogemos en el fondo de nuestro corazón, *“nos sitúa en una posición de absoluta igualdad con todos”*<sup>3</sup>. Como el papa, experimentamos la proximidad a todos, cuando nos sentimos *“regalo de Él”*.

Pero, es mucho más sencillo hablar de la humildad que practicarla. Cuando una palabra nos hiere, nos irritamos interiormente. Soportamos mal que se nos contraríe o se nos contradiga. No nos gusta sentirnos mal considerados. Damos mucha importancia a nuestra reputación, aunque decimos lo contrario.

---

<sup>3</sup> Arnaldo Pigna. Empezar desde Cristo: La espiritualidad de los votos. Éditions des Béatitudes, 2001, pág. 66

¿Queremos averiguar si somos humildes? Examinemos, p. e. nuestro amor a los “humildes” de este mundo. ¿Qué significan para nosotros los pobres que encontramos en las calles de nuestras ciudades o en los caminos de nuestras aldeas? ¿Cómo les acogemos? ¿Qué reacciones despiertan en nosotros? Si son nuestras hermanas y hermanos, deberíamos amarlos de la forma como los amó el pobre de Asís cuando, volviendo sobre sus pasos, abrazó las manos del leproso que venía a su encuentro. El Papa Francisco les decía a los más disminuidos de Roma: *“Sabed que os llevo en mi corazón y que estoy a vuestra disposición”*. Por la reacción que suscitan en nosotros, nuestros amigos los pobres, pueden ser el elemento que revele la actitud profunda de nuestro corazón, acostumbrado a juzgar por las apariencias. Tenemos que admitir que nos resulta difícil luchar contra la tentación de ponernos por encima de los demás, de apuntarnos a ocupar el puesto mejor, de hacer todo lo posible por no quedar mal.

Volvamos a nuestra vida diaria. ¿Resulta fácil ser humildes en una comunidad? Ya el P. Fundador se hacía esta pregunta: “¿Quiénes son, en nuestras Comunidades, los hombres verdaderamente humildes?” Él mismo daba la respuesta: “Son los que siempre y en todo momento, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, renuncian a su voluntad, ... los que están deseosos de depender de los demás, ... que no se sienten jamás ofendidos cuando se les critica o se les reprende, ... “(S VIII p. 2512)<sup>4</sup> . ¡Buena idea! Se nos antoja irreal. Nos cuesta mucho, confesémoslo, reconocernos en esta descripción. Sin embargo, ¡nada es imposible para Dios!

---

<sup>4</sup> Algunas citas de Juan M<sup>a</sup> de la Mennais de esta circular las he tomado de la presentación del “Carisma Menesiano”, escrito por el H. Miguel Ángel Merino, con motivo de las Sesiones.

## 2. *Ser desprendidos.*

- Actitud fundamental.

La pobreza de corazón nos empuja al desprendimiento, a una disposición interior gozosa y reposada que nos vuelve disponibles para hacer lo que Dios quiere. *“Dios es quien da al hombre la posesión temporal del mundo. El Hermano busca la manera de servirse de los bienes de este mundo, con dependencia de los Superiores y en unión con la Comunidad, sin poner en ellos su corazón”* (D 43b).

Tenemos que vigilar para no apegarnos a lo que nos desvíe de la elección fundamental de nuestra vida. No se trata de encerrarnos en nosotros mismos, sino de rechazar lo que se opone al don de nosotros mismos. Quien ama de veras a Jesús, no busca su propio interés. Lo suyo es servir, no ser servido. No pone su corazón en los bienes temporales, a los que considera despreciables, comparados con *“el sublime conocimiento de Cristo Jesús.”* (Flp 3, 8).

- El don de la paz.

Debemos profundizar cada vez más en la generosa entrega de nuestros años primeros y mantener viva aquella actitud interior que nos puso en los brazos del Padre. El corazón entonces disfruta de la paz sin turbarse. Se siente sólidamente ‘ofrecido’, lejos de los sentimientos y de las emociones que cuando se sienten libres sólo traen consigo tempestades y conflictos.

La ofrenda de su vida conduce paulatinamente al Hermano hacia un desprendimiento radical de todo lo que le pudiera atar. Así, por la gracia del Espíritu, llega a sentir que ninguna riqueza material puede rivalizar con la belleza y la bondad que la voca-

ción de Hermano Menesiano, - vivida en medio de los niños y de los jóvenes, - le permite descubrir.

- Abandono en los brazos de la Providencia.

Ya hemos dicho que el desprendimiento de uno mismo se expresa a través de la forma de vivir la obediencia. La obediencia y la pobreza son la expresión de *'la infancia espiritual'* a la que somos llamados. Por la obediencia, por el desprendimiento interior, dejamos ya de inquietarnos por lo que nos ocurrirá dentro de cinco, diez o más años. Caminamos por la vida con la seguridad de que siempre y en cualquier lugar, el Padre nos cojerá en sus brazos y nos llevará consigo: *"¡Providencia de mi Dios!"*.

Nuestro porvenir y el de la Congregación dejan ya de preocuparnos. Nos sentimos seguros de que estamos en el regazo de la misericordia de Dios que, sin cesar, nos conduce por sendas de luz. No sentimos miedo de nada. Para quien busca a Dios, que ama su santa Voluntad y pone su empeño en hacerla realidad, "¡todo es gracia!" Cuando dejamos de lado nuestras ideas propias y nuestros proyectos personales nos estamos apartando de no pocas de nuestras 'seguridades', para abrimos a Dios *"siempre nuevo y siempre imprevisible"*.<sup>5</sup> Ya que *"muy a menudo, nuestra falta de esperanza es la revelación de nuestras riquezas encubiertas, de nuestro alejamiento de la pobreza evangélica"*.<sup>6</sup> ¡Qué libertad interior lleva consigo, por el contrario, el desprendimiento que suscita el amor!<sup>7</sup> ¡Ojalá nuestras vidas diesen testimonio de ello! El porvenir se abrirá ante nosotros con un nuevo

---

<sup>5</sup> Arnaldo Pigna, op. cit. p. 68.

<sup>6</sup> Mons. Jorge Mario Bergoglio: *Amour, Service et Humilité*. Edición Magnificat, p. 15.

<sup>7</sup> Véase el texto de Madeleine Delbrêl, p 45.

resplandor. Tenemos que pedírselo a María. Su Sí, nos llevará a la obediencia del corazón, la que nunca se endurece y que espera siempre.

- Libertad interior.

Desde el momento en que tratamos de acaparar, dominar y controlar, empezamos a correr el riesgo de perder esta preciosa libertad cuyos frutos son el respeto al otro, la escucha fraternal, la atención a los más pequeños. Caemos entonces en la tentación de adueñarnos de bienes y de ideas que luego nos van a esclavizar. Como subraya S. Juan de la Cruz, lo que enajena el alma no son los objetos sino *"el deseo y el apetito de las cosas"*<sup>8</sup> que la convierten en esclava en lugar de desplegar ante ella el gran espacio abierto de la libertad del Reino ya próximo. *"Peregrino en esta tierra, el Hermano vive con una gran libertad interior frente a los bienes temporales, una disponibilidad gozosa y una actitud de compartir. La pobreza religiosa supone en primer lugar esta disposición interior y no es únicamente una cuestión económica y social"* (D 43).

- Dentro del corazón del Padre.

La vida es una escuela que nos invita poco a poco al abandono total de nosotros mismos en las manos de Dios. Bien lo saben nuestros Hermanos enfermos o quienes se ven debilitados por la edad: dejarse guiar por Dios *'en la salud o en la enfermedad'* exige un duro y largo aprendizaje. Las enfermedades nos enseñan a ofrecernos, a medida que vamos sintiendo que nos faltan las fuerzas. Entonces, entramos poco a poco en la sombra, lejos ya de los focos de antaño en el mundo o en la Comunidad donde nos creíamos algo, donde se nos

---

<sup>8</sup> "La subida al Carmelo", citado por Arnaldo Pigna, op. cit, pág 70.

reconocía. Paulatinamente el Señor nos va invitando al trato de corazón a corazón con Él. Entonces descubrimos, si aceptamos nuestro deterioro como un regalo, la alegría de ser amados y escuchados. Los brazos del Padre llenan de amor y de ternura a los que se dejan así tocar. Los Hermanos que acompañan o los que visitan a los Hermanos mayores se benefician de esta secreta influencia. Nuestros Hermanos enfermos son nuestros evangelizadores: nos enseñan la manera de ir haciéndose pobres.

### **3. Necesitar del otro.**

El espíritu de pobreza se manifiesta en el corazón mismo de nuestras relaciones diarias. Quien se siente pobre sabe darse cuenta sin dificultad de la ayuda que recibe del otro. Se maravilla al recibirla. Reconoce que no puede bastarse a sí mismo, que no puede vivir solo y abandonado de todos. Los demás no son un contrincante contra quien hay que luchar para defender su parcela. No se trata entonces de dominarlos o de tenerlos sometidos para que sirvan a nuestros intereses.

- Dar.

Volvamos una vez más los ojos a Jesús. Cuando intenta consolar a la multitud hambrienta, se dirige a los apóstoles y les manda que les den ellos de comer. Al fin, quien le ayuda es un joven que tiene cinco panes y dos peces. Lejos de despreciar esto, que parecía irrisorio, Jesús lo recibe, lo bendice y lo hace fructificar. Jesús necesita de la ayuda de este joven. Es Él el pobre que mendiga y coge agradecido lo que alguien le da. Este don fructifica entonces en vida eterna, porque al hacerlo le está invitando al otro a *'dar todo lo que tiene'*. Zaqueo experimentó lo mismo. Pasó de ser rico a hacerse pobre acogiendo a Jesús en

su casa como haría con un pobre con quien compartiera su hogar.

- Agradecer.

¿Nos gustaría averiguar si somos pobres de corazón? Examinemos si sabemos pedir algo a nuestros Hermanos en lugar de mirarlos como rivales que tratan de dejar en mal lugar la imagen de hombre bondadoso que intentamos aparentar. El pobre necesita la amistad y la ayuda de sus hermanos. Fijémonos si sabemos agradecer a nuestros Hermanos el regalo de su presencia y de sus servicios. Nos gusta dar gracias a Dios por lo que hace por nosotros. Pero, también tenemos que ser agradecidos con nuestros Hermanos. Quien no sabe decir gracias, se repliega sobre sí mismo, preocupado por la imagen que trasmite, celoso y avaro, envidioso y juez de su hermano.

- Maravillarse.

El pobre capta enseguida la belleza de lo que le rodea, la belleza de la bondad, del perdón y también la del resplandor que irradia la mirada de un niño. La pobreza auténtica nos enseña a quedar maravillados ante el mundo y ante los demás. En lugar de irritarse o inquietarse, la pobreza enseña a reconocer lo que nos llega con suavidad, lo que florece en silencio. El pobre de corazón es como el jardinero que disfruta del espectáculo de su jardín cuyo derroche de colores ha esperado con paciencia.

- Compartir.

La intensidad de la caridad fraterna que reine en el seno de una Comunidad será el signo evidente de nuestro esfuerzo por vivir como pobres. El P. Fundador lo sabía: *“Lo que más me consuela es saber que la caridad reina entre nosotros. Esta unión*

*íntima y verdaderamente fraterna será vuestra fuerza y vuestra dicha: conservadla como un tesoro*” (al H. Hervé, en 1843). Sabía bien que esta caridad es el signo de la verdadera pobreza, del auténtico compartir lo que uno es y lo que uno tiene. Invitaba a sus Hermanos a descubrir que, en una Comunidad, todos tienen necesidad de los demás y *“compartir lo que tenemos”* es nuestra auténtica riqueza.

#### **4. Contentarse con lo necesario.**

- Sólo Dios basta.

¿Puede uno ser pobre de espíritu y de corazón si vive en medio de riquezas? Jesús responde con claridad: *“Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos”*. (Mc 10, 25). Los discípulos al oír estas palabras, *“se quedaron estupefactos”*, añade el evangelista. En la parábola del rico y del pobre Lázaro, Jesús se nos muestra severo e insiste en la incapacidad de los ricos de escuchar: *“... aun cuando alguien resucite de entre los muertos, tampoco se convencerán.”* (Lc 16, 30). ¡Señor, líbranos de las riquezas que nos ciegan! Es muy sencillo decir y proclamar en voz alta, que se es pobre de corazón. Pero, si todos los días tenemos qué comer sin esforzarnos en nada ¿somos en realidad pobres? Podríamos asemejarnos en gran manera al hombre rico. Lleva una conducta irreprochable, pero su corazón permanece apegado. Se presenta ante los demás como justo, pero sus intereses están en otra parte. De hecho no es feliz de corazón. Está esclavizado por sus riquezas. Aunque fueran pocas, no dejarán de ser por eso menos paralizantes. Un pájaro que tiene una pata atada no está capacitado para volar. Nos sentimos tan a gusto con ellas, que somos incapaces de liberarnos.

- Rechazar lo superfluo.

Es evidente que un padre de familia tiene que saber administrar sus bienes para que sus hijos tengan lo necesario. Lo mismo ocurre en cualquier Comunidad. El superior y el administrador tienen que preocuparse de que cada Hermano pueda vivir con sencillez y realizar adecuadamente su labor entre los jóvenes. Pero, a cada Hermano le toca saber dar muestras de sabiduría auténtica, discerniendo entre lo necesario y lo superfluo. El verdadero espíritu apostólico no se apoya más que en Dios Solo. Sin que neguemos la importancia de los medios que exige el trabajo docente, educativo y de animación de nuestros Centros, no tenemos que olvidar nunca que sólo son servidores del educador y del apóstol y no dueños.

- Escuchar las llamadas de ayuda.

La pobreza de corazón nos invita a contentarnos con lo necesario, porque lo que buscamos ante todo es amar y servir a los jóvenes con un corazón liberado de cualquier atadura, de cualquier repliegue sobre sí mismo, un corazón capaz de acoger a todo el que llame a la puerta en busca de alguien que le escuche. Quien se contenta con lo necesario sabe oír las llamadas de los que necesitan de alguien que les acompañe, de alguien que les dé ánimos. Sabe acoger con paciencia y alegría a los que quieran disponer de su tiempo para ser escuchados como si sólo existieran ellos en el mundo. Quien tiene corazón de pobre está abierto al Reino que busca crecer en lo secreto del corazón de cada uno. Su propio corazón no está atestado de fútiles preocupaciones. Capta la esperanza secreta de los jóvenes que se expresa con señales insignificantes. De los jóvenes que necesitan tanto ser escuchados y apoyados. Regala generosamente su tiempo y su alegría de vivir, porque está acostumbrado a escu-

char en el fondo de su corazón, en el silencio y en la oración, la Palabra que salva.



*Algunas preguntas para seguir profundizando:*

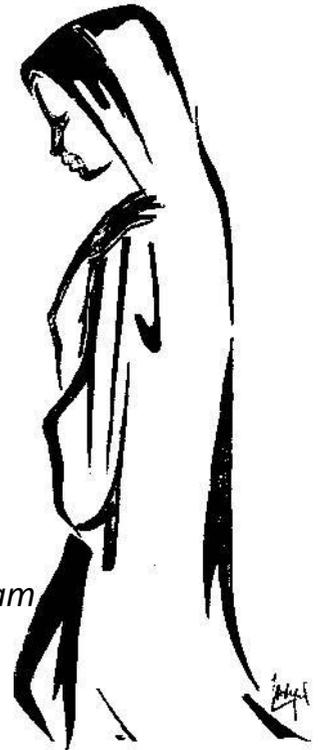
*¿Tiene algo que ver mi misión apostólica con el Voto de Pobreza?*

*¿Puedo relatar un acontecimiento vivido que me ha permitido constatar que el Voto de Pobreza puede hoy interpelar a los jóvenes y a los adultos sobre nuestro estilo de vida?*

*María dijo entonces:*

*"Proclama mi alma la grandeza del Señor,  
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador;  
porque ha puesto sus ojos  
en la humildad de su esclava,  
por eso desde ahora todas las generaciones  
me llamarán bienaventurada,  
porque el Poderoso  
ha hecho obras grandes en mí:  
su nombre es Santo,  
y su misericordia llega a sus fieles  
de generación en generación.  
Él hizo proezas con su brazo:  
dispersó a los soberbios de corazón,  
derribó del trono a los poderosos  
y enaltecizó a los humildes,  
a los hambrientos los colmó de bienes  
y a los ricos los despidió vacíos.  
Auxilió a Israel, su siervo,  
acordándose de la misericordia,  
- como lo había prometido  
a nuestros padres - en favor de Abraham  
y su descendencia por siempre."*

*Lc 1, 46-55*



### III

## HACER VOTO DE POBREZA

La pobreza religiosa es una actitud fundamental del cristiano. Es una exigencia de nuestra consagración bautismal. Expresa la actitud fundamental de la criatura que somos, elegida por Dios, para llegar a ser hijos suyos. Todo lo recibimos de Él. Le debemos todo lo que somos. Todo ha sido un regalo: la vida, el cuerpo y el alma, la inteligencia y el corazón, el crecimiento y el ser. Todo nos lo han regalado. No merecíamos nada. Ahí radica nuestra pobreza radical y ¡nuestra riqueza!; el Padre del cielo nos ama de manera incomparable y nos estrecha en sus brazos como a hijos queridos.

Por eso el Hermano elige ser pobre, hasta el punto de no disponer ni de hacer uso de una manera libre e independiente de *“ningún bien temporal estimable en dinero”* (C 16). Renuncia por voto a hacer uso de los bienes que puedan pasar a ser de su

propiedad. Todo lo que se ponga a su disposición y todo lo que gane por su trabajo, pertenece a la Comunidad. No tiene nada propio.

### **1. El Hermano y el voto de pobreza.**

La pobreza evangélica es, fundamentalmente, un acto de Fe en el Amor incondicional de Dios que cuida de cada uno de nosotros. Creer en este amor supone rehusar a poner nuestra confianza en los bienes materiales *“pretendiendo salvarse gracias a ellos”*<sup>9</sup>. Jesús nos lo dice bien claro: *“No andéis inquietos por lo que comeréis o beberéis, ni por vuestro cuerpo y con qué os vestiréis. Porque la vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido, ... Buscad el reino de Dios, y las demás cosas se os darán por añadidura”*. (Lc 12, 22; 31). La confianza en la Providencia de Dios supone Fe. Si esta última es débil, el abandono en la Providencia la hace crecer.

Todo cristiano, un día u otro, debe concienciarse de la verdad de estas palabras de Jesús: *“Vuestro Padre ya sabe de lo que tenéis necesidad”* (Lc 12, 30). El Hermano, por su voto de pobreza, deposita toda su vida en esta certeza: El Padre ya sabe lo que necesito, ¡Él proveerá! Así como viste de belleza a la flor, cuidará de cada uno de nosotros. En este contexto es donde llegamos a comprender la opción radical del voto de pobreza. Quien decide pronunciar el Voto de Pobreza en la Iglesia y dentro de una determinada Congregación, lo hace porque se siente llamado por un Amor que colma su corazón. Está capacitado para formar un hogar, para forjarse un porvenir profesional prometedor, pero decide renunciar a ello para responder a una llamada interior que ha recibido del Espíritu.

---

<sup>9</sup> Arnaldo Pigna, op. cit. p. 81.

Todos hemos oído hablar de la elección que el Papa Francisco tuvo que hacer en su juventud: renunciar al amor de una chica para entregarse a Dios que le llamaba a entregarse enteramente a Él. La pobreza a la que nos hemos comprometido es, pues, una respuesta libre y voluntaria a una llamada personal de Dios. Esto no lo puede entender quien no ama a Dios ni cree en Él.

a. El voto de pobreza.

¿Qué pobreza es, entonces, la que hemos decidido libremente abrazar y de la que el Concilio Vaticano II dice que debe ser *“defendida, alimentada, desarrollada, cuidada con delicadeza, en definitiva, amada”*?<sup>10</sup> La respuesta está en el Derecho Canónico: *“El consejo evangélico de pobreza, a imitación de Cristo que siendo rico se hizo pobre por nosotros, añada a una vida pobre en obras y en espíritu, trabajadora y sobria, desentendida de las riquezas de la tierra, la dependencia y la moderación en el uso y disposición de los bienes según el Directorio de cada Instituto”* (Derecho Canónico, 600). El voto de pobreza conlleva una vida de pobre real; no vive a costa de los demás. No trata de enriquecerse; no cultiva ese ansia. No dispone de los bienes y no los utiliza si no es con consentimiento de la Comunidad, según la Regla de su Instituto.

La pobreza evangélica, *“más que ser un servicio a los pobres, es un valor en sí, porque evoca la primera de las Bienaventuranzas imitando a Cristo pobre,... su sentido primero es dar testimonio de que Dios es la verdadera riqueza del corazón humano. Por eso está en confrontación abierta con la idolatría de Mammon...”* Por esa razón *“la pobreza también suscita el interés de quienes, conscientes de la limitación de los*

---

<sup>10</sup> Arnaldo Pigna, op. cit. p. 85.

*recursos naturales de nuestro planeta, reclaman el respeto y la salvaguardia de la creación,...”* (VC 90). La exhortación post-sinodal sobre la Vida Consagrada continúa haciendo hincapié en la exigencia de *“el compromiso nuevo y vigoroso de ser abnegados y sobrios”*, que se tiene que hacer patente viviendo una vida fraternal sencilla y acogedora. Puntualiza también que este compromiso de vida comunitaria va acompañado *“naturalmente”* de *“el amor preferencial por los pobres”* y de *“el compartir las condiciones de vida de los más desheredados”*. No podemos ser pobres como Jesús sin vivir con y para sus preferidos: los más pobres. No se trata de una opción política o ideológica, es la exigencia lógica del amor auténtico.

Con este espíritu, podemos volver a leer la Regla de Vida y el Directorio propio de nuestro Instituto. Con su ayuda descubrimos la llamada a asemejarnos a Cristo pobre. Antes que *‘normas jurídicas’* a las que tenemos que guardar fidelidad - así lo hemos prometido por voto - estos artículos de las Constituciones, concernientes a la pobreza, son la expresión efectiva de nuestra firme voluntad de seguir a Cristo. Tendremos que volver a leer el capítulo 4 de las Constituciones y del Directorio completo. De momento, vamos a comenzar aquí por repasar dos artículos enteros de las Constituciones. Son lo suficientemente precisos y no hay nada que comentar. Luego, en las páginas siguientes, consideraremos algunos puntos concretos.

*C 22: Todo lo que reciban los Hermanos por su trabajo o a título de donativos, pensiones, seguros o de cualquier otra manera, pertenece de derecho a la Congregación y, por consiguiente, debe ser entregado fielmente y sin dilación,*

*según las normas propias de cada Provincia o Distrito.*<sup>11</sup>

*C 23: Los Hermanos no pueden disponer de dinero sin rendir cuentas. Para los gastos importantes, solicitan la autorización del Superior local y, llegado el caso, piden su parecer antes de recurrir a la instancia competente. Le dan cuenta de sus gastos corrientes según las modalidades establecidas en la Provincia o Distrito. Un permiso no dispensa del discernimiento previo, ni exime de la responsabilidad personal en la manera de utilizarlo.*

b. La vida pobre del Hermano.

Los dos artículos que acabamos de citar aclaran, sin rodeos, que vivir el voto de pobreza nos compromete personalmente y afecta de manera concreta a la forma de vivir de la Comunidad y a la Misión.

- Los Directorios de las Provincias y las Viceprovincias.

En primer lugar queremos subrayar la importancia que tiene la puesta a punto y la adaptación de los Directorios de las Provincias y Viceprovincias. Los artículos 22 y 23 de las Constituciones aluden a ellos cuando hablan de **“las normas propias”** y de **“las modalidades establecidas”**. Efectivamente la

---

<sup>11</sup> Estas citas están sacadas de la Regla de Vida impresa en 2013, con las modificaciones hechas por el Capítulo General de 2012 y cuyas disposiciones rigen en los Distritos *“ad experimentum”* hasta el próximo Capítulo General, según las disposiciones de la CIVCSVA (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica). En esta Circular no hablo más que de Provincias y Viceprovincias. En los Distritos entrarán en vigor progresivamente desde ahora y hasta el próximo Capítulo General.

Regla de Vida no puede entrar en todos los detalles que conciernen a la vida de pobreza en el día a día. Sin embargo, se debe hacer. Los Directorios o “Guías prácticas” de las Provincias y Viceprovincias son los que tienen que concretar la manera práctica de que se viva una vida sencilla y fraternal que resulte profética. Varias Provincias y Viceprovincias los tienen desde hace muchos años. Otras no los tienen todavía escritos. La concreción de estas “modalidades” prácticas corresponde a los Capítulos provinciales o viceprovinciales. Los Superiores tienen que cuidar que se defina con claridad lo que es vivir pobremente en la vida ordinaria: cómo rendir cuentas de los gastos, para qué cosas hay que solicitar autorización, etc. Es cuestión, sencillamente, de fidelidad concreta a nuestros compromisos. Tenemos que amar y defender nuestro voto de pobreza. La relación de dependencia con respecto al superior, vivida con una verdadera libertad interior, sigue siendo una exigencia para vivir la pobreza como Jesús la vivió. El Directorio o la Guía práctica, no son más que un medio para lograrlo, pero son necesarios.

- El discernimiento personal.

No obstante, aunque la forma de vivir pobre dependa en parte de las “reglas” decididas en los Capítulos, es en primer lugar el resultado de una opción personal. Además de la puesta en común de todo lo que recibe como salario o como producto de su trabajo - que está claramente exigido en la Regla y que debe, por ende, exigirse a todos - cada Hermano tiene que preguntarse de qué tiene verdadera necesidad y de qué puede razonablemente privarse. Estamos bombardeados por tantas ofertas que necesitamos llevar a cabo una verdadera criba personal. De no ser así, el espíritu se acostumbra a acaparar cada día más, sin darse cuenta de que vive como un rico. Se

apega a lo temporal y aleja de su corazón el impulso generoso que le empujó a llevar vida de Hermano.

A cada Hermano le toca resistir los cantos de sirena de nuestra sociedad y no apartarse de la opción radical que eligió. No es pobre de corazón quien pide a su superior comprar tal o cual cosa sin haber pensado antes en la oración si lo hace con verdadero espíritu de pobreza y de celo para bien de la misión.

- Obedecer para ser pobre.

Ocurre que algunos Hermanos se sienten llamados a ponerse más claramente al servicio de los pobres de ésta o de la otra forma. Este deseo interior es muy plausible; puede incluso ser una auténtica llamada del Espíritu. Por ello tiene que ser objeto de un discernimiento en Comunidad y con el Superior. Recordemos que el primer criterio de discernimiento, para nosotros los Hermanos, es la Obediencia. Si leemos con atención la Regla de Vida y si escuchamos a Juan María, veremos que nuestra pobreza se materializa en primer lugar obedeciendo. La Obediencia es un verdadero camino hacia el desprendimiento.

No tenemos que contraponer Obediencia y Pobreza. Rechazar la obediencia en nombre de la pobreza es andar por el mal camino y engañarnos a nosotros mismo. La obediencia nos asegura que somos pobres como Cristo. Ir donde nos manden sin temor y sin pena, sin soñar otra cosa, nos hace imitar sin recortes al Cristo pobre, cuya dicha era hacer, en todo, la voluntad del Padre y no la suya.

Quien es verdaderamente pobre en su corazón y que ama al Cristo pobre, es capaz de separarse de todo lo que tiene a su disposición. Siempre puede dar más, pero siempre haciendo, no lo que él quiere, sino lo que Dios quiere de él. No dice nunca que ya ha dado bastante. Su corazón no conoce más que un tesoro.

Desea desprenderse de todo lo demás. Una actitud como ésta es verdaderamente profética. Pide dejarse enseñar por el Espíritu. *“La pobreza es una virtud extremadamente delicada. Si uno no está atento y si no la cultiva con diligencia, puede uno acabar perdiéndola de vista y perdiendo el espíritu sin incluso darse cuenta”*.<sup>12</sup> Poco a poco, sin embargo, si acertamos a hacer los esfuerzos necesarios, con diligencia y sin querer dar lecciones a nadie, experimentaremos una auténtica libertad interior.

## **2. Ser pobre en Comunidad.**

*“El Hermano medita el ejemplo de la comunidad de los Apóstoles reunidos en torno al Maestro y el de los primeros cristianos que: ‘lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía’. La comunidad de bienes es un elemento esencial de la pobreza religiosa.”* (D 43). Entrar en una Comunidad después de haber renunciado a sus bienes personales para compartir su vida y su destino con otros Hermanos a los que no ha elegido, vivir con ellos del fruto del trabajo diario sin preocuparse del futuro, normalmente sólo se sustenta en una confianza inquebrantable en Dios-Providencia y teje lazos tan fuertes que nunca deberían romperse. *“La pobreza constituye una exigencia para vivir en Comunidad y es un medio especialmente eficaz para construirla.”*<sup>13</sup>. Para quien se ve a sí mismo fiel a sus votos, sin hacer trampas ni mentir, la Comunidad se convierte en el lugar idóneo para seguir por el camino de la santidad y de la fidelidad a la llamada recibida. Por contra, para quien se ha habituado a amontonar sus propias riquezas, este vínculo se ha roto.

---

<sup>12</sup> Arnaldo Pigna p. 88.

<sup>13</sup> Ibid. p. 91.

La pobreza comunitaria nos permite vivir juntos para la misión, no para enriquecernos. Nos ayuda a servir sin tener miedo a la riqueza que adormece ni a la miseria que aísla. Nuestra Regla de vida pone claramente el acento sobre esta vida de sencillez, cuya máxima preocupación no es la propia subsistencia sino el servicio a los jóvenes y a los niños. Juntos tenemos que vivir el Evangelio de las Bienaventuranzas para ser auténticos testigos. Esto reclama clarividencia y generosidad con el fin de no guardar nada para sí y buscar desprendernos de todo lo que pueda debilitar nuestro espíritu apostólico. *“Los Hermanos viven como gente de condición modesta”* (C 26), dice la Regla. Y precisa, para no quedarse en meros conceptos generales *“principalmente en lo que concierne a residencia, comida, ropa, medios de transporte, distracciones y viajes”*. Si se hubiera escrito en estos últimos años, seguro que habría añadido los medios y equipamientos de la comunicación moderna, de los que ya hemos hablado algo antes.

Desgraciadamente corremos el riesgo de inclinarnos del lado de los que llevan una vida “fácil”, que disponen de “cosas superfluas”, que son “respetables” a ojos de la sociedad. Es verdad que no hemos escogido vivir en la miseria - Jesús no era un miserable - pero no podemos situarnos entre los que gozan de todas las seguridades, porque entonces ya no seríamos pobres. Ahora bien, podemos tener la tentación de relacionarnos, más bien, con los que son ricos en dinero y en poder. Esta situación, evidentemente mucho más confortable, nos aleja de los pobres y nos hace adoptar una mentalidad contraria al espíritu que debe prevalecer en nuestras comunidades. El Padre Fundador insistía en que los Hermanos prestaran mucha atención a este punto. Tendremos que repetirnos una y mil veces, que si hicimos voto de pobreza fue para *“participar más íntimamente en la pobreza de Cristo que eligió vivir pobre entre*

*los pobres*” para ponernos con Él del lado de los más desfavorecidos y para despegar nuestro corazón de lo que poseemos y de lo que somos. (cf. C 15).

No obstante, tenemos que admitirlo, por nuestra misión hemos adquirido bienes. Sin darnos cuenta, poco a poco, hemos ido considerando como normal, cosas que, a ojos de muchos, pueden parecer signos de riqueza. Es cierto que nos hemos desprendido de casas, porque eran demasiado grandes y de otras porque no favorecían la vida comunitaria. Hemos ido buscando ponernos más cerca de la gente *“de condición modesta”* con más o menos acierto. Estos esfuerzos son muy loables, y han permitido a los Hermanos desprenderse de lo que amenazaba con asfixiar su celo apostólico y desanimar a los más generosos. No obstante tenemos pendiente aún una gran labor de discernimiento. *“Los Hermanos se ayudan unos a otros a practicar la pobreza personal y comunitaria y se interrogan - particularmente los Superiores - sobre lo que pudiera ser, aún sin saberlo, un contratestimonio en materia de pobreza”* (D 49c).

Nuestras residencias tienen que ser sencillas y acogedoras. Nos tiene que gustar vivir en ellas con sencillez, como Hermanos reunidos en torno a Cristo. El local mejor tiene que estar reservado a la oración comunitaria, a la escucha del Señor de nuestras vidas, a la celebración de la Eucaristía. Ahí es donde los Hermanos beben su unidad y su celo para la misión. Los demás locales tienen que ser sencillos y limpios sin buscar demasiado confort. Cuando alguien entre en una casa de los Hermanos tendría que percibir que lo que alegra su corazón es la sencillez de una vida ofrecida y el gozo de acoger juntos a los que nos vienen a ver, como acogerían al mismo Jesús. Tendría que saltar a la vista que quienes habitan esta casa están entregados, con paz y gozo, a quienes tienen hambre y sed de verdad y de paz. A

la vez que preservan la vida de comunidad y sus exigencias de oración, de trabajo y de silencio, la casa de los Hermanos tendría que estar abierta de tal manera que todos se sientan como en su propio hogar. En eso se hará patente a los que nos visiten, el testimonio de nuestra pobreza.

Con esos mismos criterios tenemos también que examinar lo referente a coches, material informático y multimedia. Cuanto más abiertos estemos a todo lo que favorezca la misión entre los niños y jóvenes, tanto más vigilantes tenemos que estar para no dejarnos extraviar, confundiendo objetivos con medios. Un santo como Francisco de Asís puede ayudarnos a descubrir los recursos inagotables y proféticos de los que un corazón enamorado de la “dama pobreza” puede disponer para anunciar el Evangelio de las Bienaventuranzas al mundo. Cuánto puede ayudar a hacer opciones significativas en materia de pobreza en el estilo de vida, el compromiso de una Comunidad que se compromete a vivir al servicio de los jóvenes de familias modestas. Algunas Comunidades, p. e., han decidido no disponer ni de coche ni de T.V., simplemente porque no lo necesitan. Estas Comunidades no quieren ponerse como ejemplo para nadie. Simplemente viven lo que les ha parecido que es una exigencia del testimonio auténtico. Todas las Comunidades deben cuestionarse sobre cómo son vistas y cómo están insertas en su entorno: ¿con qué intensidad están unidos a aquellos a quienes sirven? ¿Cómo notarán ellos que la Comunidad lo único que ama y escucha es al Maestro Jesús?

### **3. *Espíritu solidario y capaz de compartir.***

*“Los Hermanos se someten generosamente a la ley universal del trabajo, contribuyendo así al mantenimiento de las fraternidades y de las obras del Instituto” (C 25).* El que hace

voto de pobreza se compromete a trabajar con sus manos y con su inteligencia de la manera que sus Superiores se lo pidan. No trabaja para sí. Contribuye con su trabajo al bien de la Comunidad y al servicio de la misión que se le ha confiado. *“Vuestra obligación es ganar para vuestra subsistencia y la de vuestras hermanas y hermanos y ayudar a los pobres con vuestro trabajo”* (ET 20), decía Pablo VI. Lo que recibimos comunitariamente, gracias a lo que aportan cada uno de los Hermanos según la misión que se les ha encomendado, no tiene que ser una riqueza que *“almacenamos en nuestros graneros”*. Es el fruto que debemos compartir fraternalmente para bien del Reino de Dios. Por nuestro voto de pobreza, declaramos que queremos contentarnos con poco y que ese poco va a ser fruto de nuestro propio trabajo. Bajo esta perspectiva tendríamos que considerar, sin ninguna duda, lo importantes que son los servicios que podemos prestar con nuestras manos. Los Hermanos que se dedican a esos servicios son los modelos de todos. El trabajo que hacen contribuye muy mucho al sostenimiento económico, pero sobre todo, constituye un ejemplo de servicio humilde y precioso a sus hermanos y a la obra común de la educación.

Preguntémonos entonces cómo llevamos a la práctica esta ley del trabajo en nuestra vida comunitaria. El objetivo de todas y cada una de las Comunidades debe ser hacer frente por entero a sus necesidades y a las de la misión, en espíritu solidario con toda la Congregación. Cada Comunidad tiene que velar cuidadosamente para administrar los bienes de que dispone, con vistas a poder ayudar a otras Comunidades más pobres, en particular a las Casas de Formación. No tiene que buscar enriquecerse. Viviendo con lo necesario, entregan todo lo demás a la Provincia o Viceprovincia para compartir el fruto de su trabajo. El Directorio de una Provincia o Viceprovincia es una

guía muy valiosa para invitar a esta solidaridad y organizarla equitativamente.

#### **4. La pobreza en una Congregación internacional.**

Vamos a seguir reflexionando centrándonos en algunos riesgos, aunque ya hayamos hablado de ellos. El reparto de bienes en una Congregación internacional como la nuestra puede efectivamente, si no tomamos precauciones, apartarnos de la razón por la que hicimos nuestra Profesión Religiosa.

Considerando la situación real de la Congregación y la solidaridad efectiva que existe entre nosotros - aunque ésta siempre pueda ser objeto de mejora - podemos decir que, en la mayoría de los casos, por no decir de todos, los Hermanos disponen de lo necesario para vivir y llevar a cabo su misión. Podemos añadir que la seguridad mínima de atenciones básicas está garantizada en todas partes. Los Hermanos pueden disponer de todo aquello que *“las personas de condición modesta”* no logran a veces más que a medias, o quizá nunca. Estemos donde estemos nunca estamos abandonados. Ningún Hermano se va a ver en la calle por falta de trabajo. Si cae enfermo recibe todo lo necesario para acceder a los cuidados que necesite. Cuidamos mucho de que nuestros Hermanos Mayores y enfermos tengan las mejores condiciones de vida a nuestro alcance. Qué duda cabe que existen diferencias entre unos países y otros, donde nos encontramos; sin embargo, la ayuda fraternal no falta en ningún sitio. Con toda seguridad se trata del *“céntuplo”* prometido por Dios a aquellos que entregaron todo y cuya principal preocupación, si no la única, es *“el Reino de Dios y su justicia”*.

A pesar de todo, cuando ya disponemos de lo necesario, podemos caer en una cierta irresponsabilidad frente a la

realidad económica de la Comunidad o del Instituto, olvidando a las personas que nos rodean. Por falta de información o por ignorancia, caemos en despreocupación y nuestra vida pierde vigor. *“La satisfacción de las necesidades mata la inquietud espiritual en el hombre”*<sup>14</sup>. Para nosotros es una obligación buscar siempre estar informados de estas realidades y tener un corazón agradecido y siempre predispuesto a servir. *“La seguridad que el Instituto nos ofrece tiene que convertirse en un toque de atención constante y provocar en nosotros una urgencia de generosidad en el servicio”*.<sup>15</sup>

El Papa Francisco nos da ejemplo. Siendo Arzobispo de Buenos Aires, rechazó vivir en su palacio episcopal y se fue a vivir a un apartamento sencillo próximo a la catedral, accesible a todos. Nos enseña cómo estar a la vez cerca de Cristo y ser amigo de los pequeños y de los pobres. Una vez más tenemos que repetir que no vivimos en comunidad para encerrarnos en nuestras seguridades. La única seguridad que debe prevalecer en nosotros es la seguridad de la Providencia de Dios. De no ser así, nuestra manera de vivir contradice nuestras palabras. Por un lado predicamos la confianza en la Providencia y por el otro nos encastillamos en un cúmulo de precauciones para que no nos falte lo necesario y si me apuras, tampoco lo superfluo.

*“Ser pobre quiere decir, en primer lugar, no pertenecerse a sí mismo, ser de Otro, poner a Su completa disposición todas nuestras capacidades y posibilidades: materiales, físicas, morales, intelectuales y espirituales, para trabajar con Él en la construcción de un mundo más humano, ...”*<sup>16</sup>. Si somos pobres como Jesús lo era, uno no puede hacer oídos sordos a su palabra

---

<sup>14</sup> Laurent Boisvert ‘La Pobreza religiosa’, cerf, 1990, p. 66.

<sup>15</sup> Arnaldo Pigna, p. 94.

<sup>16</sup> ibid. p. 97.

cuando nos dice: “... a mí me lo hicisteis” (cf. Mt 25, 31-45). Una verdadera espiritualidad de pobres nos pondrá a salvo de actuar con una mentalidad que nos repliegue sobre nuestros intereses egoístas.



*Algunas preguntas para seguir profundizando:*

*¿Mediante qué opciones personales, qué gestos, he mostrado al Señor, en secreto, mi preocupación por vivir pobre en su seguimiento?*

*¿Qué decisiones tendríamos que tomar en Comunidad después de la lectura de este texto?*

*"Ser pobre no es interesante: todos los pobres opinan lo mismo.*

*Lo importante es poseer el Reino de los Cielos, pero sólo los pobres lo poseen.*

*Tampoco creáis que nuestra felicidad consiste en vaciar nuestras manos, nuestras cabezas y nuestros corazones.*

*Nuestra felicidad consiste en pasar la vida haciendo hueco en nuestras manos, en nuestras cabezas y en nuestros corazones para el Reino de los Cielos que pasa.*

*No digas: "Lo he perdido todo".*

*Di mejor: Lo he ganado todo".*

*No digas: Me lo han quitado todo".*

*Di mejor: "Todo lo he recibido".*

*Ponte en camino sin mapa para descubrirle, sabiendo que le hallarás en tu camino mientras andas y no en la meta.*

*No trates de encontrarle por medio de trucos originales, déjate encontrar por él en la pobreza de una vida ordinaria."*

*Madeleine Delbrêl,  
La alegría de creer, éd. du Seuil, p. 48*

## IV

### ANUNCIAR LA BUENA NOTICIA A LOS POBRES

*“Una parábola judía de la Edad Media pregunta lo que Dios podría hacer cuando el emperador Tito cercaba el Templo, profanaba el Santo de los Santos y deportaba al pueblo. ¿Qué actividad era tan urgente, tan decisiva a sus ojos como para que estuviera por delante de la defensa de su pueblo y del lugar de su presencia? ¿Existía en alguna parte un lugar más precioso que proteger, un sitio en donde su Nombre estuviera aún más expuesto? ¿Había algo más importante en juego para la Alianza? La parábola responde: Dios estaba ocupado, enseñando a leer a los niños.”<sup>17</sup>*

---

<sup>17</sup> Marguerite Léna, “L’enjeu spirituel de l’éducation”, *Christus* nº 164, octubre 1994, p. 462-463.

Maravillosa parábola que pone de manifiesto cómo nuestro carisma nos convierte en testigos preferidos de Dios entre los niños, a los que tenemos que parecernos si queremos entrar en el Reino de los Cielos. *“Los secretos del Reino pertenecen a los niños”*<sup>18</sup>. Los pobres a los que el Señor nos envía son nuestros alumnos. Tenemos que tener una gran estima por nuestro carisma y tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos para que se convierta en un signo de la misericordia de Dios para con los niños y los jóvenes.

Los Hermanos que por motivos de edad, por enfermedad o sencillamente por obediencia ya no están en contacto directo con los niños y los jóvenes, entenderán que tenemos que hablar de este carisma de la Congregación por medio del cual todos formamos un solo cuerpo. Este carisma constituye nuestra unidad esencial, constituye el sentido de la vida de todos los Hermanos. Todos desean que esté vivo, estamos agradecidos por ello.

### **1. El voto de pobreza y las tareas educativas.**

*“En nuestra sociedad, donde se exigen garantías para todo, las personas consagradas, por su pobreza libremente escogida, llevan un estilo de vida sobrio y fundamentado en lo esencial, viviendo en justa relación con las cosas y confiando en la Providencia de Dios. Al estar libres de las ataduras de las cosas, están disponibles para ocuparse sin reserva en la educación de los jóvenes, convirtiéndose en un signo de la gratuidad del amor de Dios en medio de un mundo donde el materialismo y el poseer*

---

<sup>18</sup> Marguerite Léna, “Le passage du Témoin, éduquer, enseigner, évangéliser”, Parole et Silence, 199, p. 17.

*parecen prevalecer sobre el ser*<sup>19</sup>. En este texto de la Congregación para la Educación Católica, la Iglesia subraya la belleza de una vocación como ésta. La obediencia, pero también la pobreza, hacen del Hermano un educador plenamente consagrado a su misión, con sencillez y humildad. Su entrega radical a la misión le permite acoger a sus alumnos como lo haría Jesús. Tenemos que estar orgullosos de ser los herederos de aquellos hombres a los que el sacerdote Laveille alababa por su humilde entrega: *"El 'Pequeño Hermano' - nombre con el que se conocía a los Hermanos de la Mennais, para diferenciarlos del "Gran Hermano", los Hermanos de la Salle - de los pueblos pequeños, este hombre desprendido, muerto a sí mismo, voluntariamente humilde, voluntariamente pobre, entregado de por vida a una labor ingrata y oscura, ya existe, con la magnífica realidad de su entrega. Cuatro cosas han bastado para que surja esta maravilla: el voto de obediencia, la meditación diaria, la dirección espiritual cada dos meses y el retiro anual"*<sup>20</sup>.

El Hermano vive esta actitud fundamental en sus relaciones diarias con los alumnos de su clase o con sus padres, al encargarse de un grupo de clases, de un colegio o de un centro educativo menesiano. Los niños y los jóvenes saben distinguir la fuerza y la belleza de semejante vocación. Más de mil alumnos lo han manifestado maravillosamente un día, en uno de nuestros colegios: cuando el Director iba presentando a cada uno de los profesores a algún Superior de paso por el centro, sólo uno recibió un aplauso general por parte de todos los

---

<sup>19</sup> Congregación para la Educación Católica: 'Las personas consagradas y su misión en la escuela, reflexiones y orientaciones', Roma, 2002, nº 26.

<sup>20</sup> Mons. Laveille, *Jean-Marie de la Mennais*, Tome 1, p. 366. citado por el H. Miguel Angel Merino en su trabajo sobre el Carisma.

alumnos: era un Hermano. Sabían que toda su vida estaba dedicada a servirles. Podían disponer de él cada día. Este Hermano no echaba discursos pero entregaba el día entero a los alumnos. Los alumnos quisieron expresarlo a su modo.

En la persona del Hermano que ha entregado toda su vida, se celebra cada día la belleza de la presencia encarnada de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. La misión del Hermano vivida siguiendo a Jesús que se hizo pobre, florece y da fruto cuando está animada de una verdadera “espiritualidad de la educación”. Vamos a fijarnos a continuación en algunos aspectos.

a. La atención al alma de los alumnos.

*“Qué dicha, qué gloria para ti haber sido llamado a cuidar de las almas que rescató Nuestro Señor derramando su sangre por ellos”,* escribía nuestro P. Fundador al Hermano Émeric en 1844. Cuidar de las almas de los niños es creerse que cada uno de ellos es una persona amada por Él, un misterio inaudito de una vida abierta al infinito del amor. El Hermano tiene que estar vigilante, con el máximo respeto y sin permitirse ninguna excepción. Tiene que ser el humilde servidor de cada una de estas almas que están esperando recibir de su boca y de su ejemplo la Palabra de Vida. El último Capítulo General recomendaba a cada Hermano en este sentido *“contemplar al Cristo pobre en primer lugar en los niños y en los jóvenes.”* (Nº 22) Contemplar a Cristo en los niños es abrirse al misterio que les habita. *“La verdadera historia del mundo, es la historia de las almas. Es Dios el que crece en las almas.”*<sup>21</sup>

El Hermano, cuyo corazón ha sabido desprenderse de los bienes de este mundo y que sabe ver - gracias al Padre del cielo

---

<sup>21</sup> Pierre Lyonnet, ‘Escritos espirituales’ citados por Marguerite Léna, p.17

y junto con Jesús - en el secreto del corazón de sus alumnos la belleza que el Espíritu ha hecho germinar y crecer en ellos, no busca en primer lugar obtener buenos resultados - aunque trabaje con interés para obtenerlos -. Sabe que está al servicio de una relación de amor entre Dios y una persona.

El espíritu de pobreza nos abre al Espíritu Santo que educa nuestro corazón y nuestra inteligencia y, a través de nosotros, busca tocar el alma de aquellas y aquellos a los que nosotros hemos sido enviados. El espíritu del Señor resucitado es efectivamente *"el Espíritu Santo, el Educador"* tal como muy bien lo expresa el Libro de la Sabiduría. (Sab 1, 5). Bajo la acción de este espíritu, Pedro, acompañado por Juan, dijo un día al lisiado de nacimiento que mendigaba a la puerta del Templo: *"No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: En el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda"* (He, 3, 6).

El Hermano no se presenta a sus alumnos con poder, con plata y oro, ni con riqueza de ninguna clase. Va con su modo de ser religioso, entregado completamente a Dios, consciente de sus limitaciones, pero rebosando confianza en la Providencia. Es un pobre que va al encuentro de otro pobre, de un "pequeño". Sólo dispone de una palabra que ofrecerle, que ni siquiera es suya, es la de Otro; una palabra que hace lo que dice. *"Haréis prodigios en el orden espiritual,... esos niños enfermos a los que devolveréis la salud del alma,... qué son sino ciegos que han vuelto a ver, lisiados que por vuestros desvelos empezarán a caminar derechos y con paso firme,..."*<sup>22</sup>, decía Juan M<sup>a</sup> de la Mennais a sus Hermanos

---

<sup>22</sup> S VII 2237

Si "no nos atrevemos a llegar hasta el fondo de nuestros anhelos de salvación por aquellos que nos han sido confiados"<sup>23</sup> ¿no será porque nuestro corazón está todavía dividido? Necesitamos trabajar más para desprendernos de nosotros mismos y de nuestras riquezas, para que, con S. Pedro, podamos decir a los niños y a los jóvenes a los que hemos sido enviados a servir: "¡Levántate y anda!".

b. Revestirse de sentimientos de humildad.

Si no tenéis humildad, "seréis sólo simples maestros de escuela, de los que se pueden encontrar en cualquier sitio",<sup>24</sup> decía Juan M<sup>a</sup> a sus Hermanos. La humildad será la que nos ayude a respetar a los niños y a los jóvenes, a acogerlos tal cual son, incluso cuando no encajen en nuestros criterios de evangelización. Cada uno de ellos es una persona única, un ser libre que puede ir hacia adelante pero también retroceder. Es también un ser frágil que espera nuestra estima y que tiene necesidad de ser escuchado y de recibir una mirada cariñosa.

Ser humilde y pobre ante nuestros alumnos nos reta a no buscar hacernos valer por nuestro saber y por nuestras competencias, sino más bien por parecernos a S. Juan Bautista, que señalaba a Jesús a sus discípulos y les invitaba a seguirle a Él. Al entrar en el aula, al comenzar una clase o antes de dar una charla tendríamos que acordarnos de estas palabras de Juan el Bautista<sup>25</sup>: "Él debe crecer y yo menguar" (cf. Jn 3, 30). "Dedícate con esmero a dar bien tus clases, no por amor propio sino

---

<sup>23</sup> Marguerite Léna, p.24

<sup>24</sup> S VII 2331

<sup>25</sup> Jean-Daniel Nordmann, 'Refundar la escuela católica', Ad Solem, 2004.

*buscando la mayor gloria de Dios*” (al H. Mérédic, en 1844), le decía Juan M<sup>a</sup> de la Mennais.

El alumno, amado por Cristo, es nuestro ‘prójimo’ al que tenemos que amar. Una verdadera relación fundamentada en esta fe inspirará paciencia más que irritación, perdón en lugar de amenaza. Nuestro P. Fundador nos da muchos consejos sobre esto: *“No pienses que van a ser perfectos,...”* (al H. Lucien, en 1847). *“Llevas toda la razón al tratar a tus alumnos con dulzura; hazte querer por ellos,...”* (al H. Émeric, en 1847). Para terminar, *“los métodos suaves son siempre los más eficaces,...”* (al H. Lucien, en 1832); *“Con los niños tienes que ser bueno, paciente y dulce,... Vas a corregir mucho mejor los defectos de esas pobres criaturas consiguiendo que te quieran que haciéndote temer.”* (al H. Ligouri-Marie, en 1845). La mejor manera que tiene un Maestro para despertar en los alumnos el deseo de crecer en la confianza en sí mismos es con la paciencia y la bondad.

El Maestro, humilde y pobre, no se escucha a sí mismo. Se preocupa más por ayudar a los alumnos a que se conviertan en sus propios formadores y a abrirse a los demás con un genuino espíritu de ayuda mutua. El Hermano que quiere a sus alumnos, sabe ante todo, suscitar entre ellos un clima de fraternidad, animando a los más fuertes a sostener a los más débiles, ayudando a cada uno a descubrir sus propios talentos para ponerlos luego al servicio de los demás

## **2. Colegios para los pobres.**

El último Capítulo General recomienda a todas las Comunidades del Instituto vivir *“en una comunión real con los pobres”*, concretamente adoptando un estilo de vida sencilla e interviniendo *“de una manera inmediata y concreta en favor de los pobres que tienen en su entorno”*. Invita también a los colegios y a los centros educativos a promover *“una efectiva*

*cultura de la justicia y de la solidaridad*” acompañada de atención a todas las pobrezas, ya sean morales, intelectuales, físicas, sociales, etc. Además llama a las Provincias y Viceprovincias a crear y a sostener obras directamente dedicadas a la educación de los pobres de la sociedad (cf. Nº 23 y 24).

La Congregación para la Educación Católica (CEC) expresa estas mismas esperanzas en el documento que ya hemos citado. El texto aborda el tema de *“la educación no-formal”*. Lo explica así: *“Es decir, la educación de cuantos no han podido tener acceso a una escolarización normal”*. Vamos a leer el número entero:

*“Otro campo, igualmente importante, de evangelización y humanización es la educación no-formal, es decir, de cuantos no han podido tener acceso a una escolarización normal. Las personas consagradas sienten el deber de estar presentes y fomentar proyectos innovadores en los ambientes populares. En ellos es menester dar a las jóvenes y los jóvenes más pobres la oportunidad de una formación adecuada, atenta al crecimiento moral, espiritual y religioso, capaz de potenciar la socialización y superar la discriminación. Lo cual no constituye una novedad, en cuanto que la educación de las clases populares constituyó una prioridad para muchas Familias Religiosas. Hoy se trata de reafirmar con modalidades y proyectos adecuados una atención que nunca ha decaído.”*<sup>26</sup>

Esta insistencia viene ya desde el Concilio Vaticano II, que nos recordaba que la Iglesia debe ofrecer su *“servicio educativo”* en primer lugar a *“los que están desprovistos de los bienes de la fortuna, que están privados del afecto y del sostén de la familia o*

---

<sup>26</sup> ‘Las personas consagradas y su misión en la Iglesia’, nº 40.

*que son extraños al don de la Fe*".<sup>27</sup>

Esta fue siempre la mayor preocupación de Juan M<sup>a</sup> de la Mennais. Los Hermanos aceptaban una vida pobre para estar más cerca de los más pobres y poder servir a *"los hijos del pueblo"*. *"Dándose todo a todos, los Hermanos de la Instrucción Cristiana - Hermanos Menesianos - han logrado establecer, desde hace sesenta años, escuelas religiosas hasta en las más remotas aldeas de Bretaña; y bajo la égida de sus pastores, se esfuerzan en instruir y evangelizar la porción más humilde y más desheredada del rebaño de Cristo"* (Regla de 1876, p. 10).

Fundar una obra en favor de los pobres presupone que nosotros mismos seamos pobres. Un Hermano que esté verdaderamente desprendido de sí mismo y de todo lo que puede deslucir su celo, está dispuesto a darse todo a todos con alegría. En la Congregación, hoy, muchos Hermanos, los más jóvenes en primer lugar, están preparados para abandonar todo, su país incluso, para ir a educar y evangelizar a los niños pobres. Precisamos, pues, audacia acompañada de una gran confianza en la Providencia para atrevernos con nuevas fundaciones en favor de los más desfavorecidos. La crisis financiera que atraviesa el mundo occidental y que alcanza también a los países más pobres, hace que nuestra situación financiera sea más frágil. Hemos de reconocer, no obstante, que muchas familias de todo el mundo están recibiendo golpes mucho más dramáticos todavía que nosotros.

No tenemos derecho a replegarnos, con frialdad, sobre nosotros mismos, sino, por el contrario nos tenemos que entregar más aún para anunciar a los pobres el Reino de Dios. Tenemos que estar convencidos, con Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, de

---

<sup>27</sup> 'Gravissimum educationis', n<sup>o</sup> 9.

que *“los pobres son sagrados para nosotros”*. No les abandonemos. Vayamos en su ayuda. Anunciémosles la Buena Nueva. Corramos hacia ellos como misioneros encargados de establecer el Reino de Dios en las almas. Tampoco podemos olvidarnos de suscitar la generosidad de los Hermanos Jóvenes, desde su formación inicial, ya que este servicio a los más pobres no está reservado sólo a los más generosos y a los más audaces. Todos deben sentirse responsables de este compromiso misionero y estar preparados para colaborar en él.



*Algunas preguntas para seguir profundizando:*

*Después de leer esto, ¿podemos describir con unas pocas frases la imagen del Hermano que dibuja el voto de pobreza?*

*¿Qué rasgos deberíamos dibujar de nuevo hoy sobre este rostro de Hermano para que, de hecho, la Buena Nueva fuese anunciada a los pobres a través de nuestro carisma?*

## *LA HUMILDAD.*

*La humildad no es la mera ausencia de orgullo ni la actitud estudiada del que, aunque convencido de lo contrario, proclama entre bastidores que no es nadie y que no vale para nada. La humildad cristiana no conlleva ningún desprecio de lo humano.*

*Es la actitud del vaso de arcilla, que sabiéndose frágil y quebradizo, es sabedor del tesoro que contiene. En la humildad no hay nada triste o angustioso, todo lo contrario, es paz, alegría y, sobre todo, está marcada por un inconfundible sentido del humor.*

*Nada que ver tampoco con la debilidad, ya que el cristiano sabe que puede en todo momento y en cualquier circunstancia, contar con la Providencia divina y el poder del Espíritu.*

*"Cuando soy débil, ¡soy fuerte!" (2 Co 12, 10).*

*La humildad cristiana se aleja pues, decididamente de la humillación del esclavo o de la falsa modestia; descansa, por el contrario, en la confianza del hijo en el padre. Seguridad de no haber alcanzado aun la meta; orgullo de saberse deificado.*

*Jean-Daniel Nordmann,  
Refundar la escuela católica, Ad Solem, p. 110*

## CONCLUSIÓN

El título de esta circular nos orientaba hacia el anuncio de la Buena Nueva y estaba inscrita en el sentido de la Nueva Evangelización. Nos invitaba a un doble examen. El primero lo podríamos formular así: ¿Somos lo suficientemente pobres como para ser capaces de acoger la Buena Nueva? Bien sabemos que recibimos a Jesús, en la medida del espíritu de pobreza que tenemos. A un rico le es difícil acoger el Reino de Dios. Lo que hemos vuelto a examinar en estas páginas ha sido precisamente el sentido de los tres votos y más concretamente el voto de pobreza evangélica. Nos hemos puesto frente a frente con nuestro voto de pobreza. Hemos vuelto a descubrir que somos llamados a considerarnos un regalo de Dios. Hemos vendido todo para perdernos completamente en Él. Sabemos que no seremos completamente felices en nuestra vida de Hermano si rehusamos llegar hasta el fin de esta radicalidad. No querer ser

pobre como Jesús, quita el color de nuestra vida en el Espíritu, nos aletarga y nos hace perder el gusto por nuestra vocación.

El segundo examen al que estamos invitados se refiere a nuestra misión: ¿Anunciamos de veras la Buena Nueva a los pobres? Esta pregunta es fundamental. Por esta razón nos hicimos Hermanos. Hemos hecho voto de obediencia, de castidad y de pobreza para educar y evangelizar a los jóvenes, allá donde más se nos necesite. Así que tenemos que volver a examinarnos sobre cómo estamos al servicio de la educación cristiana de los *“hijos del pueblo”* y comprometernos con renovado ardor junto a los Hermanos, los Laicos de la Familia Menesiana y los propios jóvenes de nuestros colegios que tienen que aprender a ponerse al servicio de los más disminuidos de entre ellos. Eso es lo que el Capítulo General de 2012 ha deseado que comprendamos.

Ante estas llamadas, reconocemos nuestra debilidad. La labor parece inmensa y quizá hasta por encima de nuestras fuerzas. Despertemos nuestra fe en Dios Solo. Solamente Dios puede realizar en nosotros esta conversión. Nos llama a presentarnos ante él como niños y a mantener encendida la llama interior que Él depositó un día en nuestros corazones. Estamos invitados a tomar una firme y alegre decisión interior: la entrega total de nosotros mismos y la firme voluntad de hacer sólo lo que Dios quiere. El Espíritu Santo, “el Educador”, modelará entonces nuestro corazón, le despojará de lo que le retiene, nos llevará sin que decaiga nuestra esperanza, allí donde los pobres esperan que les anunciemos la Buena Nueva.

En definitiva, si queremos ser pobres y si queremos anunciar la Buena Nueva a los pobres, necesitamos haber hecho la experiencia del Amor, la única riqueza por la que vale la pena darlo todo para comprarla. Terminamos aquí con lo único que,

sin duda, deberíamos recordar siempre: *“Si la caridad nace en Dios, si viene de arriba, si es Él quien nos amó primero, necesitamos saber que sólo se aprende a amar dejándose querer, haciendo un hueco, en silencio, a la vida, escuchando en nuestro interior el don de Dios, viviendo la alabanza de Dios”*<sup>28</sup>. Aprenderemos a amar la verdadera pobreza de corazón, caminando día tras día en la presencia y la escucha amorosa de Jesús.

Por eso es fundamental la oración. Podemos afirmar que sólo quien reza puede esperar poseer un corazón pobre. *“La obra de la oración está por encima de todas las demás buenas obras, porque, sin ella, no se puede llevar a cabo nada bueno. Sin la oración frecuente, no se puede descubrir el camino que lleva al Señor, no se puede conocer la Verdad, crucificar la carne y sus pasiones, sus deseos, tener iluminado el corazón con la luz de Cristo y unirse a Él en la Salvación”*<sup>29</sup>.

Para terminar, añadir que aprenderemos la pobreza que se abre plenamente al Amor, volviendo nuestros ojos a María, y que seremos educadores, sólo en la medida que acojamos toda pobreza con amor. “La maternidad eclesial de María siempre está ahí para ayudarnos,... nos enseña lo que es un amor a la vez singular y universal, capaz de amar a cada uno como si fuera único y de llegar a todos como si fueran sólo uno,... Entonces seremos capaces de sacar a nuestros jóvenes de las angustias del mundo, sin ser aplastados, y sintonizar su corazón con la alegría de Dios sin que tengan que buscar fuera sustitutos

---

<sup>28</sup> Bruno Forte, en Michelina Tenace, ‘Servir a la Sabiduría’ La part-Dieu, 2009, p. 134.

<sup>29</sup> ‘Relatos de un peregrino ruso’, pp.27-28, citado en ‘Servir a la Sabiduría’, p. 135.

indignos.”<sup>30</sup>.

Rezar cada día a María, como un niño, es garantizar que nos iremos convirtiendo poco a poco en “pobres de corazón”. Porque si somos pobres, la Buena Nueva llegará a nuestro ser más profundo. Transformados por Ella, seremos sus testigos gozosos.

Hermano Yannick Houssay, S. G.

Roma, 3 de Junio de 2013

---

<sup>30</sup> Maguerite Léna, ‘El paso del Testigo’, p. 46.